

Los silenciosos en los pequeños grupos

Presentamos aquí un estudio basado en la observación y el análisis de las conductas de aquellos que, en los pequeños grupos, no toman la palabra.

Estos «silenciosos» se encuentran también en el grupo familiar, tanto del lado de los padres como de los hijos. Pero raramente se toma uno el esfuerzo —o el tiempo— de comprender esta conducta. Todo lo que ha sido observado aquí, en este «grupo de base», puede ser aplicado a la dinámica del grupo familiar en su vida diaria.

Este trabajo fue elaborado por JEANNE GELIN para «Le Groupe Familiale»



Los silenciosos en los grupos pequeños

Los formadores de grupo se enfrentan a problemas numerosos. Vamos a ocuparnos de uno de ellos, el de los «silenciosos», esas personas que nunca hablan y que muchos creen que, en realidad, no participan.

Para abordar esta cuestión, hemos escogido un lugar privilegiado de experiencia y de observación: el grupo de base. Se trata de un método de formación cuyo objetivo es facilitar a los participantes una óptima percepción de los «fenómenos de grupo», y de evolucionar personalmente en sus actitudes cara a cara con ellos mismos y con los demás. Los grupos de base se componen, normalmente, de ocho a doce personas que no se conocían antes, y que se reúnen con un Monitor durante cinco días (a veces tres, a veces más). El rol de este Monitor es ayudar a elucidar lo que pasa en el grupo.

Se ha escogido el grupo de base, como lugar de estudio, porque es en estos grupos

donde surgen con más fuerza los fenómenos afectivos, y porque estos fenómenos son los más estudiados por los mismos participantes. Lo hemos hecho así porque nos parece que los educadores, formadores o animadores encuentran problemas de la misma naturaleza que el Monitor del grupo de base, aunque aminorados y banalizados.

Nuestro estudio se ha centrado, pues, sobre los silenciosos, especialmente los silenciosos de los grupos de base. En el grupo de base, donde la regla implícita es la expresión de los sentimientos por un medio privilegiado de comunicación —la palabra— el silencioso puede aparecer como un desviado, que pone en tela de juicio esta regla y esta misma palabra. El hecho tiene importancia porque nos hemos acostumbrado a comunicarnos tan solo por el sistema verbal, con la consiguiente pérdida de sensibilidad para otras formas de expresión. En un intento de superar el nivel de los estereotipos, vamos a tratar de examinar aquí cómo se comporta y cómo se ve en el grupo la propia persona silenciosa.

Para captar su posición, hemos recurrido a tres técnicas de investigación: la observación, la entrevista y el análisis de contenido, y las escalas de actitud.

El comportamiento y las actitudes del silencioso

Para observar el comportamiento del silencioso, hemos seleccionado un cierto número de dimensiones - indicios: la atención, la tonalidad expresiva, la postura, la tonalidad en el uso de la palabra. Esta observación minuciosa nos ha llevado a las conclusiones siguientes:

ATENCIÓN

El Silencioso distribuye siempre su tiempo en dos, pero parece más ausente que atento. Esto se explica por el hecho de que los momentos en que los Silenciosos vuelven sobre ellos mismos son mucho más largos que los momentos que emplean para sí

los demás. Su fase de recuperación es más larga, tal vez porque la comunicación con los demás les exige mayor esfuerzo. Esto parece confirmarse por un descenso doble de la atención: a medida que transcurre el tiempo, los Silenciosos están cada vez menos atentos, y cuando están atentos, dan la impresión de que su atención es inferior a la de los demás. Su atención es muy irregular.

TONALIDAD EXPRESIVA

Si se toma la expresividad como un índice de participación en el grupo, se constata que los Silenciosos tienen aspecto de aburrirse con mucha mayor frecuencia y, correlativamente, de divertirse menos, de ser menos críticos. Por otro lado, parece que prefieren escuchar y ver actuar a los otros, sin ser ellos mismos activos. Los resultados obtenidos sobre el aburrimiento, el asombro y la diversión son muy coherentes. La sorpresa se explica por la ausencia: el Silencioso tiene necesidad, en su equilibrio de relación con los otros, de replegarse sobre sí mismo y, cuando sale de su ensimismamiento, ha perdido el hilo de la conversación. Entonces, si no percibe el interés de una conversación en la que no ha participado, tiene un aspecto de aburrimiento, pero un aspecto de sorpresa y maravilla será el índice de su regreso al ámbito del grupo. El Silencioso es relativamente poco crítico, pues, al no haber participado en la conversación, no tiene los medios lógicos de serlo. El hecho de que el Silencioso parezca, a veces, disfrutar con la actuación de los demás, incita a pensar que su modo de vida en el grupo es catártica, es decir, que vive a través de las reacciones de los otros. El Silencioso, pues, participa en el grupo, pero su modo de participación es de tal naturaleza que pocas veces la captan los demás.

POSTURA

En lo referente a la postura, no hay una diferencia especial. La presencia se manifiesta, primero, por la presencia corporal y, en este terreno, el Silencioso hace un esfuerzo sostenido. El está tan presente como los demás, pero la presencia corporal de éstos tiene relativamente poca significación, ya que para ellos, y para la mayoría de la gente, los medios de comunicación se reducen a la palabra y, como máximo, a la mímica. Los Silenciosos utilizan medios de comunicación más simples, que cobran entonces toda su significación. Una de las dificultades de los Silenciosos está en que ese código tan significativo para ellos no lo es así para los demás, que no lo comprenden y, en casos límite, ni siquiera lo perciben.

TONALIDAD EN EL USO DE LA PALABRA

Desde el principio, hemos lanzado la hipótesis de que el modo de expresarse de los Silenciosos es diferente del de los testigos. Si los observamos cuando hablan, parece que tienen seguridad y se expresan en el mismo tono que los otros, pero deben hacer un esfuerzo, y se les nota una fuerte angustia: da la impresión de que los Silenciosos son más agresivos y, sobre todo, que su agresividad se expresa a través de explosiones y que está poco controlada.

Para resumir, la observación de los diversos comportamientos demuestra que:

—En el equilibrio dialéctico, entre presencia y ausencia, el Silencioso tiene necesidad de replegarse sobre sí mismo muchas

veces, y la comunicación exige mucha mayor energía que a los demás.

—Parece optar por la comunicación repetida en pequeñas dosis.

—Su atención es bastante irregular.

—La consecuencia de la ausencia es, a la vez, el aburrimiento y la sorpresa.

—El modo de comunicación postural está lleno de sentido para los Silenciosos, mientras que para los otros está más o menos vacío de significado.

—El Silencioso es una persona angustiada y agresiva, y expresa su agresividad por medio de explosiones sucesivas.

—Su modo de comunicación parece que se realiza a través de una persona interpuesta.

—Parece exponer mucho al entrar en contacto con los demás.

La observación sistemática de las actitudes demuestra, también, que lo que diferencia a los Silenciosos de los observadores, es la proporción de ausencia de relación, que es muy fuerte en los Silenciosos y débil en los observadores; pero no se trata de una diferencia de naturaleza en las relaciones. Parece que los Silenciosos perseveran más que los otros en sus actitudes y comportamientos: se acostumbran con menor rapidez a las situaciones nuevas, y conservan más tiempo los mismos sentimientos. En resumen, demuestran, a ese nivel, una plasticidad más débil.

Hemos averiguado también la representación de la distancia emocional frente al Silencioso, pidiéndole a cada uno que indicase «el calor» que había experimentado (de glacial a caluroso) en sus contactos con las diferentes personas del grupo.

Los resultados demuestran que:

—Todos los componentes del grupo —Silenciosos o no— juzgan casi de la misma manera su alejamiento con relación a los Silenciosos.

—Los mismos Silenciosos se ven mucho más cerca de la persona que más ha hablado que de los otros Silenciosos. Se identifican con el líder. En el grupo, ellos viven al modo catártico: no se identifican con los otros Silenciosos que representan su propia imagen, sino que los rechazan. En el grupo, prácticamente, no pueden surgir clanes de Silenciosos, puesto que un clan se fundamenta en la identificación común, la percepción de características comunes, la emoción y los sentimientos comunes.

Auto-enjuelamiento del Silencioso

Nos referimos al universo del Silencioso en el grupo, descrito por él mismo. Daremos hipótesis explicativas de este universo, refiriéndonos a las entrevistas clínicas y a sus análisis, ilustrándolas con algunas citas.

IMPORTANCIA DEL MIEDO

La mayor parte de los Silenciosos temen los juicios y los reproches de los demás, porque se sienten poco seguros de su capacidad intelectual, de su aptitud para la discusión. Este miedo llega a impedirles hablar, a tomar parte en el debate, a lanzarse, y siempre se creen atacados. Este miedo se refuerza en un círculo vicioso: cuanto menos se puede hablar, más miedo se tiene.

—Se teme que los otros digan: «valiente tontería».

—A veces, el solo hecho de pensar que va a ser necesario decir algo, hace surgir, de

repente, todos los síntomas: la persona se contrae, se aceleran los latidos del corazón y ya no se puede hablar».

CONTACTOS SOBRE EL MODO AGRESIVO

En este contexto, el uso de la palabra es fruto del esfuerzo o de la obligación; no se trata de un movimiento natural de familiaridad hacia los demás, sino que el contacto con los otros parece más bien un ataque o una defensa.

—«Para mí, era un esfuerzo tener que decir: ¡ánimate, va a ser necesario participar!».

—«Yo no tenía la voluntad ni el valor de hablar, porque se necesita voluntad para hacerlo y valor para frontar a los demás».

La agresividad puede facilitar el uso de la palabra, y esta agresividad se convierte, entonces, en el medio privilegiado y el motor de la comunicación, como los reproches que se le dirigen a los Silenciosos; piden entonces una explicación y se les hace salir del mutismo a través de la rebelión.

—«Cuando eso me irritaba demasiado, yo explotaba moderadamente; pero, al menos, explotaba, no conseguía guardarlo para mí».

DEL SENTIMIENTO DE RECHAZO AL RECHAZO

Todo esto le produce al Silencioso la sensación de ser incomprendido, rechazado. Primero empieza por sentirse incómodo, pero puede surgir con violencia. Después el rechazo se hace recíproco, ya sea causa o efecto, el Silencioso rechaza al grupo: entonces expresa indiferencia, que es la forma censurada del rechazo y más aceptable para el «sur-moi». Da la impresión de que él mismo se aparta.

—«La gente no escuchaba (lo que yo decía), estaban demasiado cogidos por su discusión interior».

Puede suceder que el Silencioso reaccione a través de una proyección: como él está cogido y aprisionado en su propia discusión, le da la impresión de que a los otros les sucede lo mismo, lo que les impide centrarse en él; esto le produce una herida narcisista que le obliga a rechazar a los demás.

EL SENTIMIENTO DE INFERIORIDAD Y EL REPLIEGUE

El punto crucial del contacto de los Silenciosos con los otros aparece en un sentimiento de frustración, de fragmentación, de despersonalización, de pérdida de unidad y de identidad, y se traduce frecuentemente por sentimientos muy fuertes de inferioridad, forma más neutra, más localizada y más fácilmente verbalizable.

—«En el momento en que llegue a tener una personalidad hecha, capaz de ideas precisas, entonces hablaré más».

—«Siento que mi personalidad es bastante confusa, no muy firme; tengo miedo de no poder responder a las objeciones, y lo experimento como una deficiencia».

Estos sentimientos necesitan el repliegue sobre uno mismo; todo sucede como si el Silencioso pensase que, encerrado en sí mismo, salvaguarda su originalidad y su unidad y que, al comunicarse con los otros, la pierde.

Este narcisismo secundario incita a hablar de sí mismo, pero no siempre le escu-

chan a uno. La mejor estrategia, entonces, consiste en callar, y esto llama la atención.

LA PROBLEMÁTICA DEL SILENCIOSO

Después de esta primera ojeada, parece que la problemática de las relaciones del Silencioso con el grupo gira en torno a los temas de la dialéctica existencial entre la tendencia autística y la tendencia objetal.

El Silencioso tiene necesidad de replegarse sobre sí mismo; se ha comprobado esto en las observaciones y en las reuniones. Consiste en que la palabra dirigida al otro se considera como un movimiento de alteridad hacia el objeto, pero esta relación de alteridad está perturbada. Al no brotar de un modo natural, la palabra significa un esfuerzo, una obligación social: «Va a ser necesario decir algo». «Me era muy penoso decir: voy a...» «Me veía obligado a hablar, pero no tenía voluntad ni fuerza para hacerlo».

El sentimiento que el Silencioso experimenta con mayor frecuencia es la agresividad. Pero al agredir, o al tener simplemente el deseo de agredir, se siente rechazado por los otros. Los otros se convierten en malos y él se encastilla en un narcisismo secundario, un narcisismo de defensa. En la dialéctica entre la tendencia autista o narcisismo y la tendencia objetal, el Silencioso tiende a privilegiar la tendencia autista, tanto más cuanto que considera los esfuerzos (sobre el modo agresivo o no) de los otros para hacerle hablar como un reproche a este narcisismo, y provocan, a su vez, auto y hetero-agresividad.

El Silencioso tiene la impresión de perderse en la relación de alteridad (personalidad floja, incompleta, poco firme, una deficiencia, una impotencia). Para luchar contra estos sentimientos de pérdida de unidad, de despersonalización, de división, el Silencioso recurre al narcisismo secundario, encontrando signos diferenciadores en la originalidad, en el sentimiento adolescente de ser único («a mí no me gusta decir lo que todo el mundo dice»), de no poder ser comprendido y de no querer serlo. La comunicación es peligrosa, y, a veces, abandonada, puesto que ella pone en juego el propio sentimiento de la existencia. Porque son los otros, los que, al percibirnos, confirman nuestro sentimiento de existencia y, al ignorarnos («la gente no escuchaba lo que yo decía»), nos niegan ese mismo derecho. El Silencioso no quiere depender de nadie para experimentar el sentimiento de existir, pero él niega también ese derecho a los demás: «Yo no le escuchaba». «No tenía interés en conocerle». «¿Quién es?»

Así, el Silencioso vive más profundamente su soledad, y la comunicación, para él, es un peligro que amenaza la unidad del propio yo.

PALABRA Y LIBIDO

La relación de los Silenciosos con los otros se encuentra en el aspecto libidinal de toda relación: la palabra (movimiento hacia los otros, intercambio) puede estar investida por la libido y simbolizar la relación sexual. Se puede aventurar la hipótesis de que, para el Silencioso, la palabra está profundamente impregnada por la libido, y es esto precisamente lo que le impide hablar. «A fuerza de estar callado, tengo la voz enronquecida, sobre todo cuando comienzo a hablar». Esta cita adquiere todo su signifi-

cado cuando se piensa que la garganta es uno de los lugares sagrados del simbolismo y de la psicósomática.

En las reuniones, el aspecto sexual se concentra en torno a los temas de la castración y del exhibicionismo - voyeurismo.

El Silencioso es ambivalente frente a la palabra (deseo y miedo de hablar) como se es frente a la sexualidad. Teniendo en cuenta que la palabra es un movimiento recíproco hacia los otros, lo mismo que la sexualidad de objeto (sexualidad con la pareja, opuesta a la auto-sexualidad en que el sujeto es su propio objeto) podemos preguntarnos si esto no es así porque al estar perturbada la sexualidad, que representa un peligro para el sujeto, también la palabra —una de sus representaciones simbólicas— está perturbada.

Sucede como si, en los dos casos, se corriese peligro de castración: «perder la dignidad», «cometer un error», «quedar disminuido». «Yo no tenía la impresión de estar perdiendo algo, pero sí de que algo estaba incompleto». «Se sabe que cada palabra va a ser diseccionada, juzgada, analizada».

Para el Silencioso, hacer uso de la palabra implica un cierto exhibicionismo, porque al hablar uno «se descubre», «se desnuda», «se quita la máscara». El hecho de escuchar implica un cierto voyeurismo, porque se observa cómo los otros se van desnudando. No poder hacer uso de la palabra significa que no se soporta que le vean a uno («yo no soportaba la concentración de las miradas») pero que sí se complace uno en ver sin ser visto. La situación no se hace desagradable hasta que le tratan a uno de observador. Porque con esto corre el riesgo de desatar las furias de los otros, lo que se relaciona simbólicamente con la angustia de la castración. El Silencioso es ambivalente frente al exhibicionismo; porque, si bien tiene miedo «a desnudarse» («yo tenía miedo a decir algo y que después me pesase»), siente también grandes deseos de hablar de sí. «...No es que hablar de uno mismo sea la única cosa interesante, pero en fin, siempre hay realmente algo que decir». Pero el miedo acaba por vencer de nuevo, pues el Silencioso trata de evitar a toda costa que los demás descubran en él algo que querría dejar en la sombra.

MIEDO A SER JUZGADOS

Los Silenciosos saben que se les quiere ayudar, lo que implica una evaluación: si se les quiere ayudar, es que se les juzga inferiores. Esto les lleva, naturalmente, a rehusar la ayuda, aunque la deseen. Ellos quisieran que los demás supiesen graduar su ayuda; que al principio le ofreciesen una especie de trampolín para deslizarse, pero después quieren que se les deje expresarse libremente. Quieren un clima lo suficientemente permisivo para poder efectuar ese movimiento hacia los otros, pues ellos son los únicos que pueden transformar su inversión narcisista en inversión objetal. El Silencioso, además, utiliza un juego narcisista con los demás: experimenta placer en hacerse rogar, en hacerse esperar, en suscitar las iniciativas de sus compañeros. Tiene la certeza de llamar la atención, lo que le produce una cierta tranquilidad. Su silencio puede parecerle, a veces, el mejor modo de imponerse.

«Me gusta que me ayuden a hablar, pero no que estén haciendo siempre preguntas; algunas veces eso ayuda mucho,

pero después, cuando uno se ha acostumbrado a hablar y a responder, se prefiere hacerlo por propia cuenta».

«Incitar a alguien a que hable, es provocarle expresamente para que no lo haga».

El Silencioso, como se siente mucho más inseguro que los demás, es extremadamente prudente: necesita conocer bien a las personas, preparar su argumentación, reducir el margen de desconocimiento antes de lanzarse a la discusión. Le es necesario prepararse para hacer frente al grupo, en la eventualidad de que éste quiera penetrar el misterio de que él se rodea. El desea esta situación que le valoriza y halaga, pero al mismo tiempo la teme, porque le hace recordar su condición de inferioridad y le entrega indefenso al grupo:

«Yo prefiero documentarme primero... nunca hago uso de la palabra sin conocerles».

«Sin duda, debido a que reflexiono demasiado, no soy demasiado espontáneo, porque primero pienso mucho sobre la utilidad de lo que voy a decir, sobre lo que voy a decir, si será adecuada la manera cómo lo voy a decir, si convendrá a la situación y a las personas que me escuchan».

TIPOLOGIA DEL «SILENCIOSO»

Una mirada de conjunto sobre las entrevistas y los análisis de contenido nos permiten dos cosas: primero, hacerse una idea del modo cómo los Silenciosos representan su interacción con el grupo y, segundo, establecer una tipología del Silencioso, tal como se ve él mismo.

El Silencioso tiene la impresión de que la agresividad de los otros respecto a él le produce incomodidad, culpabilidad, indiferencia y rechazo, y le lleva a dirigirle reproches. Tiene la impresión de que el sentimiento que experimentan los otros al ser observados les produce agresividad y miedo, miedo que al mismo tiempo suscita malestar, indiferencia o agresividad o, por el contrario, ayuda.

Ante la agresividad del grupo, el Silencioso reacciona con el rechazo; a la indiferencia reacciona con la indiferencia o la agresividad; al miedo del grupo, con el miedo o con reproches dirigidos al grupo; a los reproches del grupo, con la agresividad, la indiferencia, el rechazo; al malestar del grupo, por la agresividad, la indiferencia, el malestar; al rechazo del grupo, por la indiferencia; al sentimiento del grupo de ser observado, por la culpabilidad o la indiferencia.

De este modo, el universo del Silencioso, tal como se experimenta en la interacción, está constituido principalmente de agresividad, de rechazo, de indiferencia.

Una parte del análisis de contenido, centrado sobre la representación que el Silencioso se hace de sí mismo al nivel de la personalidad, conduce a establecer una Tipología, dejando bien claro que un individuo no representa nunca un tipo puro y que siempre habrá en él una tendencia mayor y una o varias tendencias menores:

- El Silencioso narcisista.
- El Silencioso agresivo.
- El Silencioso con sentimiento de inferioridad.
- El Silencioso místico.
- El Silencioso pasivo.
- El Silencioso angustiado, con tendencia fóbica.
- El Silencioso con problema libidinal.

Actividades para la Escuela de Padres



012. PROMOCION DE IDEAS

Sugerimos dos campos, sobre los que deben bombardearse ideas luminosas:

1) el campo de los problemas de los SILENCIOSOS.

2) el campo de ayuda que puede proporcionársele por parte del Conductor de Grupo y de los compañeros de trabajo.

Proporcionamos algunos items que ayuden a ponerse en marcha. Los restantes los dirá el Grupo, siguiendo la Técnica de Promoción de Ideas.

1.—PROBLEMAS

Las tres dificultades personales con las que se enfrenta el animador o el educador, parecen ser las siguientes:

- El miedo del Silencioso, que al moverse en un universo de temor, corre el riesgo de contagiar a los otros. Este miedo del Silencioso es parecido al miedo frente a una personalidad autística.
- La competición inconsciente, cuando el Silencioso adopta una actitud exterior bastante parecida al monitor no directivo.
- El rechazo a admitir la cualidad de analizador del Silencioso. Este puede, en efecto, ser considerado como un analizador, si se piensa que de una parte sirve de proyección al grupo (entonces es un analizador fácilmente aceptable y utilizable) y, de otra parte —al poner en tela de juicio con su sola persona la regla de la palabra— cuestiona al sistema mismo del grupo de base; entonces se convierte en un analizador difícilmente aceptable para el monitor, porque representa un analizador de sus propias contradicciones teóricas y personales. En esto, el Silencioso se parece a todos aquellos que rehúsan entrar en un sistema, y que se convierten en sus críticos: por ejemplo, los que rehúsan participar, los jóvenes «que no quieren hacer nada»... etc.
- Más allá de estas dificultades «internas», aparece un número determinado de problemas de estrategia. Cuando uno se ve responsable (formador o animador) de un grupo que contiene Silenciosos, parece primordial aceptar el modo de ser y el ritmo del Silencioso: después de un cierto tiempo en el que se deben acostumbrar a los demás, lo que tal vez les facilitará hablar, se les pueden conceder algunos momentos de reposo, lejos de los otros, de modo que se espacien los periodos de concentración de la atención...

2.—AYUDA

- Pero es muy importante esforzarse para que, a partir de un momento determinado, todo el mundo se haya expresado. Hay un umbral, variable para cada uno y para cada grupo, más allá del cual al Silencioso ya no le será posible encontrar una ocasión de hablar, porque la prolongación de su silencio reforzará su temor. El animador debe estar muy atento a los comportamientos no-verbales, a las mímicas; debe captar las intenciones de hablar. Pero no parece prudente empujar al Silencioso a encerrarse más y más en sus trincheras invitándole a una expresión verbal más intensa, a momentos de presencia mayores. Porque, al formar ese equilibrio del silencio, se corre el riesgo de reforzarlo, de provocar momentos de repliegue más grandes (que aumentan la angustia del Silencioso) o de acrecentar sus dificultades en el control de la agresividad.
- Se puede tratar de proporcionarle la posibilidad de aislarse, sin que los demás lo consideren un aislamiento voluntario, pues esto podría llevar a un rechazo del Silencioso. Se pueden facilitar momentos de aislamiento para todo el mundo. Una cierta valoración ideológica del trabajo en equipo, de la colectividad, imposibilita, a veces, esos momentos de repliegue, tan indispensables para ciertas personas.
- No es la capacidad de atención del Silencioso lo que se pone en tela de juicio, sino la duración de su atención a los demás. Se podrán, entonces, intercalar en la programación las actividades que necesitan la atención a los demás y la atención a las cosas, y adoptar un ritmo de cambio lo suficientemente rápido, sabiendo de todas formas que ciertos Silenciosos se adaptan a él difícilmente. Si nos encontramos en un grupo en donde es necesaria la división de tareas, se procurará que los Silenciosos se encuentren más bien en un subgrupo que necesite una presencia a las cosas.
- Si se acepta la hipótesis de la integración de un mayor número de medios de comunicación para el Silencioso, se preferirán aquellas actividades que permitan otros medios de expresión: grafismo, expresión corporal. Este nuevo medio de expresión servirá de mediador entre el Silencioso y el grupo, entre el Silencioso y la palabra, entre el grupo y la apropiación de una mayor diversidad de medios de comunicación.
- El equilibrio entre la presencia y la ausencia del Silencioso no es un equilibrio definitivo: puede romperse en favor de la presencia a través de un clima permisivo. La dificultad para el formador o el animador reside aquí en la comprensión de lo que es una situación no peligrosa para cada uno. No hay recetas. No se puede preconizar más que la comprensión y la empatía.
- En el grupo, el Silencioso vive en un estado de inseguridad, porque su relación con los otros pone en juego la unidad de su yo. En el contacto con los otros, corre el riesgo de perderse, y se siente forzado a concentrarse sobre sí mismo, a adoptar un narcisismo secundario para reencontrarse. Para superar esta situación, el animador debe inventar situaciones en las que la unidad del Yo no corra peligro. Lo que coloca al Silencioso en una situación de total inseguridad es el número de personas que componen el grupo. Para integrarlo, será conveniente dividir el grupo en pequeñas secciones de tres o cuatro personas. Pero no se debe juntar al Silencioso con cualquier clase de personas: hay que evitar ponerle con los charlatanes, que no saben escuchar suficientemente. Pero tampoco se le debe colocar con otros Silenciosos o con personas que hablan muy poco, porque él vive al modo catártico, y al no identificarse con los otros Silenciosos, las cosas no marchan bien. Se les debe poner con personas seguras, que sepan hablar y escuchar, es decir, comunicarse.
- En definitiva, se trata de que el formador, el educador o el animador, perciban el universo del Silencioso de una manera no defensiva, y de que procuren tolerar y encontrar una pluralidad de medios de expresión.